



## INSTITUTO DE LA CULTURA TRADICIONAL SEGOVIANA MANUEL GONZÁLEZ HERRERO

| ENTREVISTA AL PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE SEGOVIA |

# Francisco Vázquez, el impulsor del IGH

ESTHER MAGANTO / SEGOVIA

El Presidente de la Diputación de Segovia, Francisco Vázquez, da a conocer a los lectores las razones de la creación del Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana "Manuel González Herrero" (IGH), al cumplirse los cinco años de su presentación en el Teatro Juan Bravo. El balance: un lustro fructífero y denso, con la Investigación y la Difusión como pilares fundamentales.

— El Instituto de la Cultura Tradicional Segoviana "Manuel González Herrero" fue presentado públicamente hace ahora cinco años. Su gestión ha supuesto un reto político, cultural y social para llevar a la práctica acuerdos firmados por la UNESCO o presentes en planes nacionales sobre patrimonio histórico y patrimonio cultural inmaterial. ¿Cuál sería su primer balance como impulsor de su creación?

— El balance no puede ser sino muy positivo. Hay que tener en cuenta que pusimos en marcha el Instituto en plena crisis económica, por lo que ha contado a lo largo de estos años con unos presupuestos muy limitados. Apelando al Buscón Don Pablos de que el hambre tiene que avivar el ingenio, el Instituto ha tenido que echar mano de imaginación para hacer más con menos.

— En este tiempo, ¿se ha logrado asentar "la marca del IGH" entre la sociedad segoviana? ¿Y cuál es la imagen del IGH en la región de Castilla y León?

— Evidentemente, el Instituto González Herrero es de sobra conocido en toda la provincia. Es cierto que el nombre de Don Manuel González Herrero, que elegimos para bautizar esta nueva institución, constituía toda una garantía de aceptación entre el espíritu segovianista tan arraigado en nuestros pueblos; pero las múltiples y variadas actividades que el centro ha desarrollado en todo el territorio han servido para asentar y aposentar la marca.

Como es lógico, esa intensa actividad ha traspasado fronteras y ha tenido su trascendencia en el resto de nuestra comunidad autónoma. A ello ha contribuido el haber podido contar entre los miembros de nuestro Consejo Asesor con destacados miembros del ámbito del conocimiento de la cultura tradicional castellana, y las líneas de colaboración que abrimos desde el primer momento con centros de referencia como la Fundación Joaquín Díaz o el Museo Etnográfico de Castilla y León.

— ¿Cuál ha sido el papel del Consejo Asesor en estos cinco años?

— A la hora de poner en marcha el Instituto siempre quise que la política tuviera el menor protagonismo posible. De ahí que creáramos el Consejo Asesor e intentáramos que formaran parte del mismo las personas más valiosas de distintos campos relacionados con la cultura tradicional segoviana o castellana. Su papel ha sido fundamental para que el Instituto de la Cultura sea hoy lo que es. Sus miembros nos han abierto puertas fundamentales que nos han permitido el desarrollo de destacados proyectos y nos han aportado valiosas ideas, que han dado lugar a otros programas.



F. Vázquez, en el discurso de Presentación del IGH. Teatro Juan Bravo, enero 2013. Fondos gráficos de la Diputación de Segovia.



F. Vázquez, en la Fiesta del Amparo de Valleruela de Pedraza, septiembre 2013. Foto. E. Maganto.

— Entre los objetivos fundacionales del IGH figura el de priorizar la investigación. ¿Qué balance hace de las convocatorias anuales de las Becas de Investigación Antropológica y las de Fotografía Documental?

— Pusimos en marcha el Instituto de la Cultura Tradicional con la idea de no perder el pasado y garantizar su pervivencia en el futuro.

De ahí que la investigación tenga tanta importancia para el Instituto. No podíamos dejar pasar ni un día más sin que costumbres inveteradas, fiestas populares o religiosos, es decir, nuestro acervo cultural común, pudiera perderse en el olvido.

Las Becas creadas por el Instituto han contribuido a ello. Hoy por hoy podemos estar orgullosos de que importantes y destacados estudios sobre distintos ámbitos segovianos han visto la luz gracias a esas ayudas, al tesón de los becados y al sabio hacer de los tutores que les han dirigido

— En este lustro ha habido tiempo para lanzar al mercado numerosas publicaciones: más de treinta libros, varios disco-libros, una revista digital que ya ha superado los veinte números mensuales y más de ciento veinticinco artículos periodísticos canalizados a

través de la prensa escrita y digital. ¿Cómo valora esta múltiple difusión de contenidos?

— Todas esas publicaciones e iniciativas van en la misma línea, la de comunicar, la de hacer público todo aquello que se ha investigado o que se ha creado. Un nuevo organismo como el Instituto debía abarcar el máximo de facetas para intentar llegar y calar lo antes posible en la sociedad segoviana. Y creo que con esa múltiple presencia en distintos medios periodísticos hemos alcanzado de sobra el objetivo marcado.

— Con respecto al fomento de la divulgación didáctica, otro de los pilares fundacionales, ¿qué ha supuesto la puesta en marcha de programas de difusión cultural como Al paso de 90 varas castellanas, A todo folk, Itinera o Sobre la tela de una araña, por nombrar sólo algunos de ellos?

— Sin duda una importante contribución a que distintos aspectos del pasado histórico segoviano, en diferentes planos de la tradición, de la música o del arte, pudieran ser conocidos por los vecinos de nuestra provincia. Siempre con la idea en mente de que el pasado permanezca en el futuro, programas como Sobre la Tela de una Araña han permitido, por ejemplo, unir generaciones a través de la música.

En una provincia en la que la industria lanar y la trashumancia tuvo tanta trascendencia, era obligado generar un programa como Al paso de 90 varas castellanas. No podía pasar ni un día más sin que nuestros adultos, jóvenes y niños conocieran ese pasado, y lo pudieran hacer de una forma didáctica. Misión parecida ha cumplido A todo folk. Recuperamos canciones en muchos casos olvidadas, apoyamos a grupos segovianos y llevamos actuaciones a toda la provincia.

Al final de lo que se trata es de que los habitantes de nuestros pueblos tengan los mismos servicios que los de la capital, y dejen de ser ciudadanos de segunda. En esa línea se inscribe también Itinera, que está llevando importantes exposiciones a distintas localidades de la provincia.

— Logros más sobresalientes del IGH.

— Yo creo que el logro más destacado ha sido el de recuperar o despertar la conciencia entre muchos segovianos de nuestro rico pasado. Es verdad que la Diputación a lo largo de su historia se ha significado por apoyar diferentes proyectos en esa línea, pero era necesario crear un organismo centrado exclusivamente en esa labor.

Reconociendo el progreso que en distintos ámbitos ha supuesto para nuestros habitantes la creación de las comunidades autónomas, en regiones tan amplias como la nuestra resulta fundamental la circunscripción provincial. Y la continuidad de nuestra provincia pasa por que conozcamos su amplio y variado acervo cultural, que a la postre servirá para mantener y perdurar la legitimidad incuestionable de la propia Diputación Provincial.

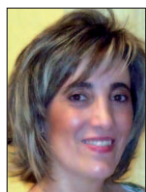
— Por último, ¿cuestiones pendientes para el IGH?

— No me gustaría hablar tanto de cuestiones pendientes, pues considero el Instituto González Herrero es y debe ser un organismo vivo. Así que además de continuar con la labor ya iniciada en distintos ámbitos, el Instituto debe estar abierto a recoger el guante de posibles propuestas que le lleguen tanto desde su seno, a través de los miembros del Consejo Asesor, como desde fuera de él.

|TRIBUNA| ESTHER MAGANTO (\*)

# La dulzaina, amor en fa#

## Celebrando un lustro del IGH



Una imagen traída al presente nítidamente, la de don Manuel González Herrero escuchando la dulzaina de su hijo Joaquín,

fue el prolegómeno de una entrevista entregada, repleta y honesta. Se surcaron vivencias y la dulzaina no solo se oyó sonar a través del susurro, de la entonación de las melodías recordadas, plenamente frescas, libres y vibrantes...; el instrumento se tornó en la ligazón del discurso, en el nexo que unió a don Manuel y a don Agapito en 1931, y al maestro Marazuela con su discípulo -de nombre Joaquín-, a comienzos de los setenta. La dulzaina ocupó un lugar central en la conversación y Joaquín González sentenció que este signo de la identidad segoviana debe ser respetada, tal y como hicieron los tres hombres-nombres retratados en este texto, unidos entre sí por el amor incondicional hacia la música. Si su padre fue un visionario que sin saber tocar la dulzaina supo ver en este instrumento y en la figura de Marazuela un motivo para su discurso identitario-segovianista, Joaquín se embelesó con ella en las primeras clases impartidas por su maestro en la Cátedra de Folklore, un proyecto apoyado por Manuel González Herrero entre otros intelectuales y artistas segovianos, y que permitió a Joaquín madurar al lado del maestro: de esta forma supo dar las gracias a su padre -hoy quien da nombre al Instituto que cumple un lustro- elevando la dulzaina al escenario, por lo tanto a una nueva dimensión, y "siendo el tamboritero que necesitada Agapito".

Joaquín González conserva entre sus pertenencias familiares una fotografía de un evento familiar en la que su padre le mira cautivado, tocando la dulzaina, y explica sonriente que durante toda su vida, Manuel González Herrero tuvo el gusto de escuchar la música interpretada con este instrumento, puesto que en 1931 y siendo un niño de ocho años, se dio de bruces con Marazuela: "en una salida escolar, en la que compartió merienda con sus compañeros a base de chocolate, pan y una naranja, el maestro les contó, les cantó, y les tocó la dulzaina", para fascinar por siempre el oído de Manuel ante aquel sonido que recorría la escala musical. No obstante, aquel niño, impresionado por el carisma de aquel hombre, su energía desbordante y una fuerza natural, perdió su rastro.

Desde entonces, las vidas de Marazuela y González Herrero continuaron por muy distintos caminos: si el primero se trasladó a Madrid, donde le sorprendió la Guerra Civil y la posguerra, Manuel estudió Derecho y cometió un "delito de pluma", volviendo a coincidir ambos en el penal de Ocaña en 1948. Afirma Joaquín que "el abrazo entre los estudiantes llegados a la prisión y un Agapito mermado físicamente, afligido,



Manuel González Herrero viendo tocar la dulzaina a su hijo Joaquín. C. P. Joaquín González Herrero.

*Desmenuzando recuerdos, Joaquín detalla que el repertorio de los grandes clásicos de la guitarra se enseñaba con partitura, mientras que el repertorio de dulzaina Marazuela lo transmitía de oído, con algunas consultas esporádicas al Cancionero*

pero siempre con talante de líder, ya nunca se rompería, puesto que mi padre se convirtió en su protector", estrechándose más la relación a su regreso a Segovia, ya a finales de los cincuenta. "El trato en casa, era como el de con un abuelo, y cuántas noches, mi hermana Julia y yo, acompañamos al maestro hasta su pensión, después de cenar juntos", añade Joaquín.

Aquella relación de amor y de respeto mutuo entre las partes, se hizo más patente a través de la dulzaina. Aunque Joaquín aprendió en casa y de la mano de Marazuela a tocar la guitarra, las clases de dulzaina comenzaron en la Cátedra de Folklore, "un espacio surgido a partir del apoyo de los intelectuales y artistas que organizaron el homenaje al maestro en el Teatro Juan Bravo a finales de los sesenta, como Muñoz de Pablos, Francisco de Paula, Eugenio Urrialde, Pepe Moro..., y de Caja Segovia. La Cátedra se erigió en todo un signo de recuperación del instrumento, en un momento histórico como el comienzo de la década de los setenta en el que apenas había dulzaine-

ros. Convertido en el templo de la dulzaina, permitió a los niños del Hospicio ser los primeros alumnos de Marazuela: dulzaina, tamboril, guitarra y canto... con rigor, sobre todo, rigor", apunta Joaquín.

Desmenuzando recuerdos, Joaquín detalla que el repertorio de los grandes clásicos de la guitarra se enseñaba con partitura, mientras que el repertorio de dulzaina Marazuela lo transmitía de oído, con algunas consultas esporádicas al Cancionero. Por ello, al preguntarle cuál fue la primera pieza que aprendió, contesta: "El Fandango de Casadero, puesto que utilicé una dulzaina diatónica, sin llaves. Y tras este, una revuelta de León". En un año y medio, y asistiendo dos días a la semana a la Cátedra, Joaquín consiguió dominar un amplio repertorio de ritmos y piezas, y entre ellas, las favoritas del maestro, La Entradilla y Las Habas Verdes, y las de él mismo, La entrada al baile y La Pinariega, "convertidas en las piezas estrella de las cerca de cuarenta actuaciones en las que acompañé a Marazuela a finales de los años setenta".

Tal y como detalla Joaquín, siempre se reconoció como un dulzainero lúdico, pero con la responsabilidad de alcanzar un nivel acorde con el del maestro y pensando que él estuvo predestinado a tocar junto a Marazuela: "Yo conocía cada compás, y le iba siguiendo con el tamboril; él, tocaba a gusto, descansado, y supe que era el tamborilero que necesitaba Agapito". Por ello, y acompañando a Marazuela cuando éste ya era un octogenario, no tocaron en romerías o procesiones, sino en escenarios diseminados por Segovia, Valladolid, Burgos, Madrid..., de ahí que Joaquín insista en que "se abrió

*Tal y como detalla Joaquín, siempre se reconoció como un dulzainero lúdico, pero con la responsabilidad de alcanzar un nivel acorde con el del maestro y pensando que él estuvo predestinado a tocar junto a Marazuela*

una nueva dimensión de la dulzaina, preconizando el estudio del instrumento en centros educativos, como ocurre en la actualidad en los conservatorios", y que se llevó a la práctica al crear y ser el máximo impulsor de la Escuela de Dulzaina de Segovia, fundada en 1981, y de la que el mismo Joaquín redactó los estatutos.

En las idas y venidas por la historia de su familia, de su vida, de la de Marazuela, o de la recuperación de un oficio como el dulzainero y tamboritero -tan abundante en la década de los veinte del siglo pasado-, Joaquín González no olvida de su niñez al dulzainero Marcos "El Guardia", quien tocaba a la puerta de la iglesia de Santa Eulalia, en frente de su casa; tampoco, el Homenaje a Agapito Marazuela en su Valverde natal en 1971, "las sopas de ajo guisadas como deben ser" y el repertorio que interpretó cada uno de los dulzaineros participantes: Silverio, o Dionisio y Cristino Cañas -los hermanos de Hontoria-, que tocaron el Baile Corrido compuesto por el vallisoletano Ángel Velasco, quien fuera maestro del propio Marazuela. Y no deja de lado la petición de los danzantes de Tabanera del Monte, a fi-

nales de los años 70, para recuperar las danzas y paloteos locales: "ensayamos durante varios días en un local del Ayuntamiento y finalmente se tocó en la fiesta, aunque ellos vestían una indumentaria muy sencilla, con pantalón, camisa y pañuelo a la cabeza".

Por no olvidar, no puede dejar de citar el virtuosismo de Facundo Blanco con el tamboril, en los años que compartieron oficio; ni la creación de la Ronda Segoviana, en 1977, de la que Joaquín fue el primer director artístico con un objetivo claro, el de dar a conocer el repertorio de Marazuela compilado en el Cancionero; ni el disco grabado junto a Pedro Aizpurúa al cumplir los veinte años, en 1978, titulado Dulzaina y Órgano. Música Religiosa Popular, y que fue visto con agrado por Marazuela; o la articulación de un nuevo proyecto con fecha de los ochenta, la Escuela de Dulzaina de Segovia, que hoy sigue considerando "inacabado", al no conseguirse, tal y como figura en los estatutos, "que la presencia de una banda de tres dulzainas esté presente en todos los actos institucionales de la ciudad, entendida como signo identitario y en honor de los que son recibidos en nuestra casa". Para todo hay tiempo, y que el tiempo siga llegando para la dulzaina.

---  
(\*) Responsable de Contenidos de la Revista Digital enraiza2. Doctora en CC. de la Información.



Diputación de Segovia